

autor al final
✓ LA PEDAGOGIA DE JAMES.(Del Monitor de Educación Cívica de la República Argentina.)


William James, el más delicado y profundo de los modernos psicólogos, también ha hablado como pedagogo. Era de esperarlo, dado su notorio culto utilitario de la verdad, que le ha llevado a ser el corifeo más egregio del pragmatismo, cuyo postulado fundamental aconseja juzgar las proporciones científicas por sus frutos, por su fecundidad práctica. Esta filosofía de la acción, como se llama, elude el culto de la verdad por sí misma, por amor al arte. Según ella, es necesario librarse de los embolismos del pensamiento puramente especulativo, tanto más superfluo cuanto enrevesado.

No ha escrito James un vasto tratado de pedagogía, lleno de novedades. No ha presentado un sistema tan caliginoso como pletórico de originales valores pedagógicos, á la manera de Herbart, ni ha puesto en sus páginas la estrechez ética de Bain, ni el frío utilitarismo de Spencer. Consiguió escribir una obra modesta, llena de calor, de vida, de hondo y simpático sentido de la realidad, á la vez que impregnada de esta vaguedad mística y revelando de cuando en cuando un aire de epicureísmo suave, espiritual. Y se explica: James no tiene la gravedad que sugiere el término pedagogo; al contrario, suele exponer sus verdades profundas con una humildad tal, que á veces lo dicho adquiere caracteres de trivialidad.

Sin embargo, el pequeño volumen que contiene sus ideas pedagógicas, los *Ideales de la vida*, rebosa de habilidad en arte de transmitir el propio pensamiento, a menudo en forma poética y humorística, sin que estas virtudes estéticas redunden jamás en detrimento de las verdades que trata de inculcar á los maestros norteamericanos, pues para ello ha pronunciado las conferencias que constituyen su obra. Imposible fuera no comprenderle después de una sola lectura. En esto hay que convenir en que Herbart, de quien acepta varios principios, no le supera, por cierto. Ni siquiera se le acerca—la prueba evidente está en que el gran pedagogo alemán cuenta con infinidad de comentaristas. Hasta cierto punto sería el caso de afirmar lo que Voltaire de Dante: el hecho de que tenga muchos comentaristas es una razón de más para que no se entienda al autor comentado.

Idéntica cosa no se podría decir de James. Este no necesita encargados de clarificar el propio pensamiento, por la sencillísima razón de que dispone á su antojo de la más eminente virtud que puede tener un pedagogo: la de saber hablar con claridad, la de eludir ese tecnicismo que suele dar aire esotérico á las más rebosadas vulgaridades. Claro está que ello no implica, en manera alguna, constatarle un talento de creador en materia pedagógica. De ningún modo. Ya he declarado que la parte exclusivamente pedagógica de los *Ideales de la vida*, no es, de seguro, fecunda en ideas originales. La obra de James es más oportuna, más eficaz que novedosa. Sus conclusiones, puramente pedagógicas, carecen de novedad. Diré más: hasta creo que apenas habrá profesor ó maestro que las ignore. Pero cuenta su libro con un mérito singular, por lo menos el que á mí me resulta más evidente, y es que de seguro apenas habrá pedagogo que le supere tratándose de dar fundamento psicológico á los dogmas pedagógicos que preconiza. Sin embargo, James, que tan magistral uso sabe hacer de la psicología aplicada á la enseñanza, emite afirmaciones bastante paradójicas al comentar los entusiasmos provocados por la llamada "Nueva Psicología". "Lejos de mí—declara—el negar que sean justificadas esas esperanzas. La psicología debe, sin duda alguna, puede dar á la enseñanza un auxilio radical, pero os confieso que sabedor como soy de la altura de vuestras aspiraciones, me atormenta un poco el pensar que al final de estas conferencias alguno de vosotros se sienta un poco desilusionado ante la simplicidad de los resultados. Temo que os hayáis forjado ilusiones exageradas, lo cual no me asombra, pues en este país la psicología ha tenido un período de extraordinario predicamento, durante el cual se han fundado cátedras, laboratorios y revistas, y los directores de diarios y de revistas se han visto precisados á darse aires de estar á la altura de la novedad del día. Algunos profesores han cooperado, y no han faltado editores que también lo hicieran. "La Nueva Psicología", ha llegado á ser así una palabra evocadora de ideas portentosas, y vosotros, maestros, dóciles y maleables, llenos de aspiraciones, habéis sido arrojados á nuestra ciencia, en medio de una atmósfera de indeterminación, que más ha servido para extraviaros que para iluminaros en vuestros negos. En conjunto, parece como si una fatalidad de mistificación se haya cernido durante cierto tiempo sobre los profesores de nuestros días. La substancia de su profesión, bastante sólida y harmónica por sí misma, ha sido hinchada como la espuma en diarios y manuales, hasta el punto de correr peligro de disolverse en una especie de infinita incertidumbre sus líneas fundamentales." Hasta aquí, como se ve, las palabras dirigidas á los norteamericanos, bien pueden

repetirse en nuestro ambiente. Entre nosotros también se ha cojeado del mismo pie: aquí también nos hemos llenado la boca con la Psicología de París, en especial manera los maestros, que, dada su justificable ignorancia en materia de psicología, eran precisamente los que más soñaban con ella. "Por lo que á mí toca,—continúa James,— haré todo lo posible para disipar toda mistificación respecto de la psicología y por esto os digo inmediatamente que no existe una "nueva psicología" digna de este nombre: no hay más psicología que la antigua, la que comenzó en los tiempos de Locke, con más una pequeña parte de fisiología del cerebro y de los órganos de los sentidos, la teoría de la evolución, y algún ligero perfeccionamiento en la técnica introspectiva que en su mayor parte carece de valor para los maestros." Cabe aquí disentir ligeramente con el profesor James. Admitamos, ante la necesidad de reaccionar saludablemente contra los entusiasmos de primera hora, tan pueriles como hiperbólicos, provocados por la psicología moderna, que no es todo oro reciente lo que relumbra en la llamada "Psicología de hoy"; pero ello no implica, en manera alguna, que se debe descalificar la moderna orientación de los estudios psicológicos. No puede negarse que la actual psicología, siquiera en el método, es inconfundible con la de antaño. Sus resultados serán discutibles ó no, pero lo cierto es que, por ejemplo, no fuera justo hablar de la teoría de la evolución con desgaire, como de una friolera. Apenas habrá en la historia de las ciencias principio más fecundo. No olvidemos que ese principio ha sido aplicado habitualmente por Spencer a la educación intelectual, al discutir qué orden de conocimientos deben inculcarse con prioridad. La percepción abstracta de las relaciones, según la filogenia del espíritu, veda al pedagogo que fomenta la enseñanza racional á costa de la empírica. Esta afirmación, que puede pasar por verdad inconcusa, merece ser aprobada por James. ¿Y, acaso, el mismo James no hace constante uso del principio de Spencer? Ya lo veremos.

Pero, indudablemente, lo que urgía disipar no eran tanto las concepciones ilusorias acerca de la actual psicología, sino un error muy digno de ser indicado á los pedagogos.

¿Basta ser versado en Psicología para ser buen pedagogo?

No puede darse el caso de que la incultura psicológica no esté reñida con cierta innata destreza didáctica? Para ambas preguntas halla James respuestas precisas.

"Afirmo una vez más que cometéis un error, un grandísimo error, pensando que la psicología, por ser la ciencia de la mente, sea algo de que podáis deducir vosotros programas definidos, y esquemas y métodos de enseñanza de utilidad inmediata para el

uso de las escuelas. La psicología es una ciencia y la enseñanza es un arte, y jamás las ciencias engendran las artes directamente. Se requiere entre aquéllas y éstas algún intermediario, alguna mente inventiva que, sirviéndose de su propia originalidad, haga aplicaciones necesarias. La ciencia sólo traza las líneas dentro de las cuales deben contenerse las reglas del arte y las leyes que el que profesa el arte no debe infringir, pero que las cosas particulares que positivamente habrá de realizar entre estas líneas quedan confiadas á su genio particular. Determinado genio hará bien lo que debe hacer y conseguirá un éxito de un modo tal ó cual, mientras otro conseguirá el mismo éxito lisonjero de un modo absolutamente diverso; pero ni uno ni otro habrán podido separarse de aquellas líneas. El escepticismo á este respecto, es perfectamente justificable. Nada más arbitrario que pretender deducir estrictamente la pedagogía de la psicología. Está probado, por otra parte, que la educación no fué inventada por los pedagogos. Si la educación es una de las tantas condiciones de la adaptación, claro está que ella es un hecho biológico. Pero no olvidemos que la mala educación es también un hecho biológico, demasiado biológico.

Entre las especies animales es posible hallar cierta actividad pedagógica; pero dada la simplicidad de su vida de relación, puede decirse que la mayoría de los animales son autodidactos como si dijéramos... A veces son educados de nacimiento, como ocurre con ciertas aves, por ejemplo, que manejan admirablemente el pico en seguida de producirse la eclosión. Pero tratándose del hombre, más compleja debe ser la función pedagógica, porque mayor complejidad presenta su vida de relación. Esto basta para justificar el ideal de una pedagogía científica. ¿Pero quiénes deben realizarla? Qué singulares aptitudes impone? ¿Cuáles serían las condiciones innatas ó adquiridas del maestro? El hecho de que conozcamos la psicología, por consiguiente, no es garantía, dice James, de que seamos buenos maestros. Para obtener este último resultado, debemos poseer completamente otras cualidades: tacto fácil é ingenuidad para saber qué cosas determinadas debemos hacer, qué palabras pronunciar cuando el niño está delante de nosotros. Esta ingenuidad respecto del niño, este tacto para resolver la situación concreta, con ser el alfa y el omega del arte de enseñar, son dotes para cuya consecución puede servir muy poco la psicología. El maestro debe ser algo así como un estratega: el conocimiento de ciertos principios no excluye la necesidad de poseer cualidades que no procura el estudio. Pero lo que James repudia sobre todo, es esa manía de convertir al maestro en psicólogo. Evitad especialmente la creencia de que como profesores de enseñanza tengáis el deber de contribuir á la

ciencia de la Psicología, de hacer de un modo sistemático é intencionado observaciones psicológicas. Mucho me temo que algún entusiasta de los estudios sobre la infancia os haya llenado demasiado las orejas con este estribillo. Jamás aplaudiré con bastante calor á un colega, el profesor Münsterberg, cuando afirma que la actitud del maestro en frente del discípulo, es concreta y ética, y, por lo tanto, opuesta positivamente á la del observador psicólogo que es abstracta y analítica. Si alguno de nosotros consigue concordar ambas actitudes, serán en mayor número aquellos que no pueden tenerlas reunidas. Como se ve, es tal la claridad del pensamiento de James que huelgan comentarios. De acuerdo con su criterio, un seminario pedagógico, por ejemplo, no pueda imaginarse como una fábrica de profesores. El arte de enseñar, como todas las manifestaciones de la actividad humana, también tiene sus genios.

Naturalmente, para admitir que la función del pedagogo pueda ser eficaz, es necesario que el niño sea educable. La educación supone ductilidad del espíritu del educando, posibilidad de modificar, en virtud de hábiles sugerencias, los hábitos que existen con prioridad á la obra del educador. Pero, por otra parte, por grande que sea la plasticidad del educando, el pedagogo jamás podrá imprimir en el alma del niño modificaciones radicales. Está probado que las condiciones psicogénicas, la modalidad idiosincrática atemperan, reglamentan, casi diría, la eficiencia de la sugestión pedagógica. Puede darse como verdad indiscutible que cada individuo tiene una manera peculiar de digerir el patrimonio espiritual legado por la tradición, entendiendo por tradición el conjunto de elementos que la conciencia social presenta en el desarrollo del organismo educable. Este fenómeno ha sido proflijamente estudiado por Baldwin con el nombre de herencia social. De modo que el pedagogo, quiera que no, está fatalmente obligado á respetar la personalidad del educando, pues, repito, por grande que sea su habilidad pedagógica, siempre el niño le impondrá la inercia de su original modalidad psicogénica. ¿Debe inferirse de aquí cierto pesimismo por la pedagogía? Hasta cierto punto, sí. Harto sabemos que así como hay niños que presentan una plasticidad mórbida que garantiza el éxito de cualquier sugestión, no es menos cierto que también los hay que cuentan con un alto grado de insensibilidad en punto á educación. Se diría que padecen de daltonismo pedagógico, porque, sobre todo en la esfera ética, es imposible despojarlos de ciertos hábitos antisociales. Pero, sea lo que fuere, hay niños educables, y ello basta para reconciliarse con los pedagogos.

Veamos cómo concibe James la conciencia humana para fun-

dar sus principios pedagógicos. "Desde luego—dice,—es cosa obvia que la conciencia tiene dos funciones: conduce al conocimiento é impulsa á la acción. ¿Se puede decir cuál de estas dos funciones es la más esencial? A este propósito hace su aparición en escena una antigua é histórica divergencia de opiniones. La creencia popular se ha inclinado siempre á apreciar el valor de los procesos mentales de un hombre, según el efecto que de los mismos se manifiesta en la vida práctica. Pero los filósofos se han encargado más en demostrar lo contrario. "La suprema gloria del hombre—han dicho,—consiste en ser un ente racional y conocer, gracias á eso, la absoluta, eterna y universal verdad" que aplique su inteligencia al cuidado de sus intereses prácticos es cosa perfectamente secundaria. La vida teórica es la que principalmente incumbe á su alma. James, á fuer de buen pragmatista, que define la verdad en términos de utilidad, repudia terminantemente semejante intelectualismo. El hombre es ante todo, y sobre todo un ser práctico. Pudiera replicarse que el pragmatismo, cuyos principales secuaces se hallan en Norte América, es una filosofía que sólo pudo echar raíces en un país, donde se erige el dolor en supremo criterio de verdad. Es posible; pero no cabe confundir á un filósofo pragmatista con un Sancho Panza. En el alma delicada de James, el pragmatismo no presenta los caracteres de un utilitarismo inmediato, aldeano. Se ha limitado á constatar un hecho. Sobran ejemplos para probar que la humanidad siempre fué pragmática. El reino de los fines, de que hablaba Raut, es una de las tantas proezas del intelectualismo. El pragmatismo sostiene que nada hay en espíritu que no tenga carácter instrumental. Todas nuestras reacciones no las hacemos sino para mayor gloria de nuestra adaptación. "Es imposible desconocer,—dice James,—el hecho de que en la psicología de nuestros días, la atención ha pasado desde las funciones puramente racionales de la mente donde Platón, Aristóteles y lo que puede llamarse toda la tradición filosófico-clásica, la habían colocado, hasta el lado práctico por tanto tiempo desatendido y menospreciado. Débese principalmente este fenómeno á la teoría de la evolución. Si el hombre (alguna razón existe para creerlo), ha surgido por evolución de predecesores infrahumanos, es preciso reconocer que en éstos la pura razón, admitiendo que existiese, debía ser rudimentaria, y que su mente, dado que tuviese algunas funciones, no pasaría de ser un órgano destinado á adaptar los movimientos á las impresiones del ambiente para substraerse á las causas de destrucción. La conciencia no hubiera sido otra cosa positivamente que una especie de perfección biológica inútil de todo punto si no hubiese servido para una aplicación práctica é inexplicable fuera de esta consideración. En el fondo de nuestra

propia naturaleza persisten, no disfrazados ni disminuidos, los fundamentos biológicos de nuestra conciencia". De modo, pues, que si la vida es la adaptación del individuo al medio ambiente, y si el espíritu es el instrumento de que nos valemos para adaptarnos, claro está que la educación, "en último análisis, se reduce a organizar los resortes que se hallan en el ser humano, las facultades de conducta que deben adaptarlo a su mundo físico y social. Es una persona ineducada la que se halla en un estado de confusión de todas las situaciones no habituales. Al contrario, el que está educado sabe portarse, aún en las circunstancias que se le ofrecen por primera vez, sirviéndose al efecto de los ejemplos que halla almacenados en su memoria y de las concepciones abstractas que tiene reunidas. La educación no puede en pocas palabras definirse mejor que diciendo: la organización de los hábitos de conducta adquiridos y de las tendencias a contenerse".

James concibe, pues, la educación como una sistematización de las reacciones, de tal manera que el pedagogo dirá al educando:— En tales y tales circunstancias reaccionarás de tal manera, variando las circunstancias variarán tus reacciones. Cabe aquí considerar tres cosas: 1º la legitimidad de las reacciones; 2º su oportunidad y 3º, su repetición.

En cuanto al primer punto, discutirlo, equivale a llevar la cuestión al terreno ético. ¿Qué reacciones son legítimas y cuáles no? Porque, naturalmente, educación ética implica existencia dogmática de determinados principios morales que el pedagogo considera indiscutibles en el momento de inculcarlos en el alma pueril. La pedagogía supone un ideal ético; pero, ¿cuál? Es necesario que tenga uno; de lo contrario, fuera imposible calificar las reacciones. Un pedagogo cristiano, por ejemplo, no aconsejará a un discípulo que ha recibido un bofetón que replique con idénticos términos. Al contrario, por amor a la humanidad, le invitará a presentar la otra mejilla. Es una manera de reaccionar como cualquier otra. Yo no sé a punto fijo qué piensa James en materia de ética. Sería difícil entresacar de su obra proposiciones claras. Los tres primeros estudios que contiene "Los Ideales de la vida, es decir, El Evangelio del abandono, alma singular, ceguera de los seres humanos, acusan una orientación ética cristiana. Aunque al pasar hace algunas salvedades, en el fondo es un discípulo de Tolstoi. Ello es evidente, sobre todo en el segundo estudio, es decir, en el que trata de "una singular ceguera de los seres humanos". ¿En qué consiste esta ceguera? En que la mayoría de los hombres sólo tiene noticia del propio egoísmo, en que sólo aiente el propio yo, en ignorar que el fundamento de toda libertad, de toda tolerancia está en el respeto de la personalidad ajena; en que "toda vida es una vida: tiene una substantividad com-

pletamente suya y para los demás perfectamente inexcrutable". Y precisamente en el respeto por lo que tiene de recóndito é inefable la personalidad del prójimo, reside la perfección moral. La ignorancia de esta verdad,—dice James,—con frecuencia hace llorar á los ángeles. Hace suyas estas palabras de Royce. "¿Qué es, pues, nuestro vecino? Has mirado su pensamiento y su sentimiento como algo diferente de los tuyos. Te has dicho: un dolor en él es semejante á un dolor en mí, pero mucho más fácil de soportar". Te produce el efecto de algo menos vivo que tú; su vida es oscura, fría: un pálido fulgor en comparación con tus ardientes deseos. Así á tientas y por instinto, has juzgado á tu vecino sin conocerlo, porque eres ciego. Has hecho de él una cosa, no un yo. Abandona tal ilusión, y procura simplemente conocer la verdad. El dolor es el dolor, la alegría es la alegría en todas partes como en tí mismo. En todos los trinos de los pájaros del bosque, en los aullidos todos de los animales heridos ó moribundos; en el mar sin límites donde miríadas de criaturas se agitan y perecen; entre todos los salvajes; en toda enfermedad y en todo júbilo y en toda esperanza; donde quiera, desde lo más bajo á lo más noble, se halla la misma vida consciente, ardiente, llena de voluntad, indefinidamente múltiple, como las formas de las criaturas vivientes, inextinguibles, como los rayos del sol, real como esos impulsos que ahora mismo palpitan en tu pequeño corazón de egoísta. Levanta los ojos, observa esa vida y luego ve y desmíentela si puedes. Como hayas conocido esto, habrás ya empezado á conocer tu deber.

Todo esto, sin duda, es de rara belleza mística, de incomparable profundidad poética; pero cabe preguntarse: ¿qué utilidad puede tener para el pedagogo? "Negativa por un lado, positiva, por otro,—dice James. Por una parte, nos prohíbe absolutamente juzgar con precipitación que carece de sentido, las formas de existencias diversas de la nuestra; y nos impone la tolerancia, el respeto, la indulgencia para todos los que vivimos sin afectación, interesados y felices en las sendas que sigue, aun cuando no acertemos á explicárnosla. En pocas palabras: ni toda la verdad, ni toda la bondad se revelan á un sólo espectador, sino que cada observador individual alcanza una superioridad parcial de visión gracias á la peculiar posición en que se encuentra. Hasta las cárceles y las salas de los hospitales tienen sus revelaciones. Basta querer que cada uno de nosotros sea fiel á la propia oportunidad y se aproveche cuanto pueda de sus propios bienes sin la pretensión de someter á reglas el resto del vasto campo." No puede negarse que la concepción de James tiene extraordinaria importancia ética, mas también es necesario convenir en que aspiraciones tan delicadas, tan quintaesenciadas, sólo alientan en un espíritu superior

y provecto, pues, por perfecto que sea el ambiente pedagógico, jamás se conseguirá inculcar tan tenues sentimientos en el alma infantil ó adolescente, que harto sabemos, rebosa de egoísmo ingenuo que mal se aviene con esa especie de sibaritismo espiritual decantada por James. Semejante ideal, que no es sino la forma más refinada del escepticismo colindante con el estado místico, no está en armonía con el dogmatismo inherente á la exuberancia vital de la juventud. Sólo es peculiar de las almas grandes que declinan. Bello será el ideal de James, más es la belleza postrera de un espíritu decadente: es el arrebol que embellece el ocaso de un espíritu excepcional.

¿Acaso la cáfila de poetas del simbolismo, á cuya estética dio James fundamento psicológico con su teoría marginal de la conciencia, no ha merecido el calificativo de decadente por profesar un vago é inefable misticismo impropio de una juventud normal, pero posible en un alma provecta? Por eso se ha visto á un neurótico debajo de todo joven poeta decadente de verdad. Y con toda justicia, porque los de James, más que ideales de la vida, son ideales de la muerte. Linaje tal de ideales sólo se explica en un espíritu singular rendido, ajetreado por lo que Guyau ha llamado la congoja metafísica. La prueba evidente está en que James la llama una "singular ceguera de los seres humanos". Su misma singularidad explica la imposibilidad ó dificultad de fomentar la visión perfecta del yo ajeno. Además, no olvidemos que respetar demasiado la personalidad del prójimo suele ser una manera de aniquilar la propia.

Volvamos, pues, á las reacciones, no sin antes constatar una vez más el carácter anacrónico cuando no mórbido del ideal ético de James, toda vez que se intente erigirlo en ideal pedagógico.

Acercas de la importancia de la oportunidad de las reacciones debemos decir que ella se explica en virtud de las impresiones recibidas. Tales impresiones provocan tales reacciones. En efecto, al decir de James, surge un aforismo general, "que en buena ley debe dominar toda la conducta del profesor en la escuela. No se debe recibir nada sin reaccionar: ninguna impresión sin expresión",—esta es la gran máxima que el maestro jamás debe perder de vista. Una impresión que atraviere simplemente los oídos y los ojos del escolar y no modifica poco ni mucho su vida activa, es una impresión caída en el vacío, una impresión fisiológicamente incompleta que no puede producir fruto alguno. La teoría de la oportunidad de las reacciones le lleva á estudiar un fenómeno muy norteamericano, la desproporción entre la impresión recibida y la reacción provocada. Me refiero al primer estudio de sus *Ideales de la vida*, el *Evangelio del abandono*. A este

respecto, James repite las ideas de un médico inglés, el doctor Closteri: "Vosotros, americanos, tenéis las caras demasiado expresivas: vivís como un ejército que tiene siempre en combate todas las reservas. El aire más estúpido, más adormecido del pueblo inglés supone un esquema de vida mucho mejor, pues acusa la existencia de un depósito de fuerza nerviosa de reserva, que puede ser utilizado cuando la ocasión se presenta. Esa inestabilidad, esa constante presencia de fuerza no aplicada, paréceme la mejor salvaguardia del pueblo inglés. La cualidad contraria que observo en vosotros me da una impresión de inseguridad, y por esto creo que debíais rebajar un poco vuestro tono vital. Os lo repito: sois demasiado expresivos: consideráis con excesiva intensidad las ocasiones más indiferentes de la vida". Esta reactividad exagerada merece las censuras de James. Sin embargo, cree que es posible corregirla, y para ello hace una aplicación original de la teoría fisiológica de las emociones que lleva su nombre. Sabemos, de acuerdo con esta teoría, que el sentimiento y la acción son concomitantes, de tal manera que la modificación del uno importa la modificación del otro. ¿Qué hacer entonces para atenuar la desproporción criticada? Modificar la propia expresión para modificar el estado mental que exterioriza. Que estamos tristes? Pues para librarse de la tristeza nada más acertado que ponerse á bailar, adquirir un talante alegre, etc. Con ello tendremos ideas alegres. Está probado que ciertos estados de ánimo son correlativos de ciertos estados de cuerpo. "Si una vez sola,—dice,—os abandonáis sobre la poltrona en que estáis sentados, y si por el contrario tenéis de continuo los músculos de las piernas y de los brazos á media tensión, como para ponerse en pié de un momento á otro; si respiráis diez y ocho ó diez y nueve veces por minuto en vez de diez y seis, y jamás expeléis todo el aire de vuestros pulmones, ¿qué disposición mental podéis tener que no sea de expectación y ansia, y cómo es posible que el porvenir y sus temores abandonen vuestro espíritu? Al contrario, ¿cómo han de encontrar el camino de vuestro corazón si las arrugas de vuestra faz permanecen aplanadas, vuestro entrecejo sin fruncir, vuestra respiración completa y tranquila y relajados todos vuestros músculos? Como se ve, James sobre una teoría fisiológica acaba por fundar una pedagogía idealista. Este sería el remedio de orden fisiológico; pero otro hay de orden moral: la religión. Ella puede contribuir con mucho á despojar al espíritu de la ansiedad provocada por el porvenir incierto. Por otra parte, contribuye también á eludir el inconveniente que resalta de esta ley psicológica: "El sentir fuertemente tiende por sí mismo á interrumpir la libre asociación de las ideas objetivas con los procesos motores de la persona."

Pasemos á la repetición de las reacciones. Para que una impresión tenga éxito en el espíritu del educando, ¿qué se requiere? —Que tenga consecuencias motrices,—dice James. Cualquier efecto de la impresión en forma de una actividad cualquiera, debe volver á la mente en forma de sensación de haber obrado y combinarse con la impresión. Las impresiones más duraderas son aquellas á propósito de las cuales hablamos y obramos, ó que de algún modo conmueven lo íntimo de nuestro ser. Y aquí James aprovecha la oportunidad para stegar un poco en pro del método mnemotécnico. "El antiguo método pedagógico de aprender las cosas de memoria y de recitarlas como un papagayo en la escuela, se fundaba sobre un principio verdadero: el de que una cosa simplemente vista ú oída y nunca reproducida verbalmente, contrae adhesiones demasiado tenues en nuestra mente. La recitación verbal ó la reproducción es una forma muy importante de reacción respecto de nuestras impresiones, y es de temer que con la moderna reacción contra el antiguo recitado á lo papagayo, como principio y fin de la instrucción, quede excesivamente relegado el altísimo valor de la repetición verbal como elemento de ejercicio completo.

La repetición de las sensaciones, la necesidad de enriquecer el espíritu con elementos concretos, explica cuán digna de encomio es la introducción del trabajo manual en las escuelas, y también la enseñanza objetiva. Ello no sólo fomenta, la conducta reactiva, si que también honradez intelectual, pues el niño se acostumbra á iluminar con hechos sus afirmaciones.

En resumen: "Ninguna impresión sin expresión; por consiguiente, éste es el primer fruto pedagógico de nuestra concepción evolucionista de la mente como una especie de instrumento para una conducta de adaptación. Nos hallamos, pues, en una concepción eminentemente biológica de la educación. Nuestro organismo debe reaccionar á las impresiones". Nuestra educación significa, en pocas palabras, un cúmulo de posibilidades de reacción adquirido en casa, en la escuela y en el trato de los negocios. Claro está que no debe imaginarse al pedagogo como un encargado de provocar reacciones. La reacción no es un deber, es un hecho anterior á toda actividad pedagógica. La función del pedagogo consiste en modificar, previo conocimiento de la modalidad psicológica del educando, las reacciones congénitas que dificultaren la adaptación á un ambiente ético determinado. Pero también hay reacciones adquiridas, genuino producto de la educación, aunque debe advertirse que ellas no son creaciones, algo absolutamente nuevo que el pedagogo haya podido implantar en el espíritu del alumno. No; las reacciones adquiridas son una nueva orientación de las reacciones congénitas. La calidad de las unas depende de

la de las otras. Así se explica, por consiguiente, que la educación no es, como pretende cierta escuela individualista, un lecho de Procrusto, donde quieras que no, el pedagogo encaja al educando por encima de todas las peculiaridades de la personalidad. De ningún modo. La educación no implica necesariamente amortiguar la idiosincrasia del alumno. El pedagogo jamás conseguirá evitar, por grande que sea su potencia sugestiva, que la educación tenga el calor del temperamento del individuo. Sentado esto, he aquí, al decir de James, el principio fundamental de todo proceso adquisitivo y que gobierna por completo la actividad del educador: "Toda reacción adquirida es, por regla general, ya una complicación añadida a una reacción congénita, ya un sustituto para una reacción congénita que un mismo objeto solía provocar. El arte del educador consiste en determinar la substitución ó la complicación, y un éxito obtenido en este arte presupone un conocimiento simpático de las tendencias reactivas congénitas.

¿Cuáles son las principales reacciones congénitas? En primer término, tenemos el miedo. Está probado que el temor al castigo ha sido siempre la gran arma de los maestros, y siempre conservará, según James, un cierto lugar en el orden interior de la escuela. Claro está que ello no implica, en manera alguna, preconizar demasiado el castigo, y mucho menos sus formas extremas. Es cosa averiguada que la perfección moral por ejemplo, no puede ser el producto del látigo. Por lo demás, dado el caso que semejante procedimiento resultara eficaz en punto á moral, no cabe duda que siempre se trataría de una perfección demasiado calculadora, demasiado fría y hasta vil. Si no fuera enamorarse de utopías, es evidente que la verdadera perfección moral, radica en el olvido de la sanción. Pero como el principio de James descansa sobre cierto pesimismo moral, al pedagogo no le resta sino provocar nuevas reacciones, explotando hábilmente las reacciones congénitas.

Palabras certeras tiene James para dos instintos que mucho debe tener en cuenta el pedagogo. Me refiero á la imitación y á la emulación. Acerca del primero, recuerda con elogio el célebre libro de Tarde, en el cual se dice que la imitación y la oposición son las piernas de la humanidad. Y en efecto: el hombre es un gregario dominado por el instinto de imitación. Este instinto adquiere su mayor evidencia durante la niñez. Es por tanto, un fenómeno que el pedagogo debe considerar con preferencia. "La imitación—asegura James—se transforma imperceptiblemente en emulación, que es el impulso de imitar lo que hace otro para no parecer inferior á él, y de tal suerte mezclan sus efectos, que es difícil separar sus respectivas manifestaciones,

La emulación es la verdadera espina dorsal de la sociedad humana". La imitación y la emulación tienen un oficio vital en la escuela. Todos los maestros saben muy bien cuán ventajoso es que una cosa sea realizada simultáneamente por un grupo de chiquillos. El profesor que obtiene más resultado es aquél cuyas materias particulares sean más fácilmente imitables. Un maestro jamás debe disponer que los alumnos hagan una cosa que él no sepa hacer. "Venid para que os enseñe cómo se hace", es un estímulo infinitamente más fuerte que éste: "Id y hacedlo como enseña el libro". Los niños admiran a un profesor que tenga habilidad. Lo que hace él les parece fácil y se esfuerzan por imitarle.

James se lanza contra los críticos de la emulación, en especial manera contra Rousseau, el cual en su "Emilio" declara que éste no debía contraponerse nunca a los demás jovencitos. "Ninguna rivalidad, ni aún en la carrera, desde que tenga uso de razón, pues sería cien veces mejor que no aprendiese que hacerle aprender mediante la envidia y la vanidad". En cambio tened en cuenta, continúa Rousseau, todos los progresos que haya realizado y se los pondría en parangón con los progresos de los años sucesivos, diciéndole: "has crecido tantos centímetros;—alcanzas a saltar este pozo;—a esta distancia puedes lanzar el disco—puedes levantar este peso;—sabes correr tanto tiempo sin perder el resuello;—mira cuánto más sabes hacer ahora". Así quería Rousseau excitarle sin provocar los celos de nadie. James dice que no ve inconveniente alguno en semejante autoemulación. Y luego replica: "A no dudar, la emulación con el propio yo precedente, es una noble forma de la pasión de la rivalidad y tiene buena parte en la educación de los jóvenes. Pero el excomulgar toda rivalidad posible entre dos jóvenes puede degenerar en excesos egoístas y brutales, pareceme puro romanticismo por no decir fanatismo. El sentido de la rivalidad yace en el fondo de nuestro ser y a él se debe en gran parte el mejoramiento social. Existe una forma de rivalidad noble y generosa, y existe una forma mezquina. El principal atractivo de los juegos consiste en que éstos se fundan principalmente en la emulación, y, sin embargo, son el medio más adecuado de habitar a los niños a la cortesía y a la magnanimidad. ¿Podría por tanto, un maestro permitirse el lujo de prescindir de este resorte? Como psicólogo obligado a conocer el carácter profundo é insinuante de la pasión, de la emulación, debo manifestar que lo dudo mucho". A mi manera de ver, pueden pasar por inconcusas las objeciones de James a Rousseau. La emulación será detestable ó no lo será. Aquí no cabe encarar el fenómeno con criterio de adusto moralista. Sabemos a ciencia cierta que la emulación es un sentimiento

imposible de eradicar del alma humana, luego, aplicando el principio de la modificación de las reacciones congénitas, al pedagogo no le queda más recurso que el de explotarlo hábilmente en ventaja del alumno y de la sociedad, ya que la emulación, por más que pueda tener manifestaciones censurables, no es menos cierto que también presenta aspectos de moralidad superior.

Otro instinto considera James de grande importancia bajo el punto de vista pedagógico: el de la adquisitividad. "El sentido de la propiedad comienza en el segundo año de la vida. Entre las primeras palabras que aprende á pronunciar el niño encuéntranse *mío y mía*, y ¡pobres padres de gemelos que no adquieran dos ejemplares de cada uno de sus regalos! La profundidad y primitividad de este instinto arroja anticipadamente cierto descrédito psicológico sobre todas las formas radicales de utopía comunista. No puede prácticamente ser abolida la propiedad privada sin variar de antemano la naturaleza humana". Pero el instinto de adquisitividad puede tener manifestaciones mórbidas. Ya que ese instinto es indesarraigable, el pedagogo debe encauzarlo. Dado el caso de que se presente un alumno cleptomaniaco, el maestro procurará infundirle el amor de las colecciones, procurará dar una orientación útil y social á tan hondo sentimiento. Así, verbigracia, de un cleptomaniaco se podría, aplicando el criterio de James, sacar un excelente director de Museo, admitiendo que ésta no parezca broma, amén de que bien pudiera ser que el chico se llevara las colecciones á su casa.

Continúa James considerando otros instintos no menos importantes, para terminar el capítulo cardinal de su obra con estas palabras: "Respetad siempre pues, os lo ruego, las reacciones originarias, hasta cuando tratéis de vencer su conexión con determinados objetos sustituyendo éstos por otros sobre los cuales deseéis establecer una regla. Una mala conducta, con relación al arte de enseñar, es un punto de partida tan oportuno como puede serlo una conducta buena: y hasta á riesgo de pareceros una afirmación paradójica, me atrevo á sostener que muchas veces una mala conducta es mejor punto de partida que una conducta buena".

Ningún capítulo más digno de atención que el que consagra al interés, á la curiosidad.

Existe un instinto de curiosidad en el niño; ¿cómo fomentarlo? Halagando otras tendencias cuya satisfacción implica necesidad de conocer. ¿Cuál es la primera forma de curiosidad en el niño? Sin duda, la sensorial. Por ahí debe comenzar, pues, el maestro. "La curiosidad sensorial de la infancia es particular-

mente puesta en acción por ciertas especies determinadas. Las cosas materiales, las cosas que se mueven, las cosas vivas, las acciones humanas y las narraciones de éstas, conquistarán mejor su atención que cualquier asunto abstracto. Y aquí es de oportunidad elogiar de nuevo la enseñanza objetiva y los métodos del ejercicio manual. La atención del niño se mantiene espontáneamente respecto de cualquier problema que envuelve la presentación de un nuevo objeto material, ó de una actividad por parte de alguno. Esto quiere decir que las primeras llamadas del maestro á la atención del niño deben hacerse con objetos puestos de manifiesto, ó si no con otros realizados ó referidos. La curiosidad puramente teórica, la curiosidad acerca de las relaciones racionales entre las cosas, difícilmente se despierta antes de la adolescencia." Demás está recordar la filiación spenceriana de esta teoría. La psicología filogenética como la ontogenética revelen que sólo en estadios ulteriores de la evolución mental se intensifica el sentimiento de causalidad. Verdad es ésta que muy presente debe tener el pedagogo, pues no podrá ir contra la corriente. El conocimiento empírico, ó mejor dicho, preferentemente empírico, debe preceder al preferentemente racional. He aquí una máxima de James: "No prediquéis demasiado á vuestros alumnos: no prodiguéis los discursos abstractos. Esperad sobre todo la oportunidad práctica; agarraos á ella cuando pase, y así, en un sólo acto, conseguís que vuestro niño piense, sienta y obre. Los golpes directos á la conducta crean la nueva disposición del carácter y hacen de las costumbres nuevas un tejido orgánico. Predicar y relatar demasiado, se reduce á una fatiga inútil". El niño siente interés por ciertos objetos; pero también hay muchos objetos que no le inspiran interés. El maestro, por consiguiente, debe saber qué detiene con preferencia la atención del alumno. ¿Qué hacer para provocar la atención del niño ante un objeto que le interesa? Asociarlo á otro que le interesa. "Es posible,—pregunta James,—formular algún principio general mediante el que los intereses ulteriores y más artificiales se pongan en conexión con estos primeros que el niño lleva consigo en la escuela? Sí, afortunadamente: existe una ley sencillísima que pone en relación los intereses adquiridos con los intereses originarios". Cualquier objeto que carezca de interés por sí mismo puede llegar á hacerse interesante asociándose á un objeto ya interesante de suyo. Entonces los dos objetos asociados, se desenvuelven, por decirlo así, unidos: la porción interesante difunde la propia cualidad á todo el resto, y así cosas no interesantes por sí mismas logran un interés que llega á ser tan fuerte como el de cualquier otra cosa originariamente interesante. "Como se ve, se trata de una genial aplicación de la psicología de la aso-

ciación á los problemas pedagógicos. Ella demuestra que la mayor parte de nuestros intereses son artificiales, y que su éxito se explica en virtud de un interés congénito. La teoría de James, á este respecto, no es sino una clarificación de la de Herbart: enseñar lo nuevo con lo viejo.

Y efectivamente, James preconiza con entusiasmo la teoría herbartiana del interés, acusada de suavizar demasiado á la pedagogía. "Si un asunto,—dice James,—es excesivamente abstracto, ilustrad su naturaleza por medio de ejemplos concretos. ¿Es poco familiar? Presentad algún punto de analogía que tenga con cosas ya conocidas. ¿No es bastante humana? Intercaladlo en un relato. ¿Es difícil? Asociad su conocimiento con el punto de vista de alguna ventaja personal. A cada cosa imprimid variaciones, porque ningún objeto invariable puede ocupar largo tiempo el campo mental. Procurad que vuestro discípulo pase desde un asunto á otro completamente diverso, pues la variedad en la unidad es el secreto de todo relato y de todo pensamiento interesante".

Antes de terminar, veamos algunas consideraciones sobre la educación de la memoria y de la voluntad.

De acuerdo con lo expuesto en los *Principios de Psicología*, James comienza por declarar que no cree, como los psicólogos substancialistas, que la memoria sea una facultad. Prefiere la teoría de la asociación, porque decir que recordamos por tener la facultad de recordar, es como si dijéramos con Molière que el opio hace dormir porque tiene virtud dormitiva. "Descendiendo á analizar más particularmente la facultad de la memoria, impórtanos distinguir entre su aspecto potencial, como un almacén ó un depósito, y su aspecto real de evocación actual de un suceso particular. Nuestra memoria contiene todas las clases particulares, no que debamos recordar ahora, sino que podamos tener precisión de recordar en cuanto se ofrezca un estímulo suficiente. Así la retentiva general como la especial explicanse por asociación. Una memoria nutrida depende de un bien organizado sistema de asociaciones, y su bondad depende de dos cualidades en primer término, de la persistencia de las asociaciones, y después, del número de las mismas.

¿Se puede aumentar la memoria? James contesta negativamente. Al desmemoriado, sin embargo, le queda el recurso de mejorar la poca que tiene. ¿Cómo?—Fomentando las asociaciones, uniéndolas á objetos que provocan ciertas formas de efectividad, en una palabra: consolidando la retentiva por medio de una férrea sistematización de los conocimientos acumulados. "El mejor sistema,—dice James,—de insertar una cosa en la mente, es un sis-

tema racional ó lo que se llama una "ciencia". Poned la cosa en su casilla, en una serie clasificativa; explicadla lógicamente, mostrando sus causas y las deducciones necesarias; encontrad de qué leyes naturales puede servir de ejemplo, y la conoceréis del mejor modo posible. Una ciencia es, en efecto, la mejor invención para ahorrar fatigas, pues economiza á la memoria un gran número de particulares substituyendo las simples asociaciones de contigüidad con las asociaciones lógicas de identidad, semejanza ó analogía. Si conocéis una ley, podéis descargar vuestra memoria de una infinidad de ejemplos particulares, porque la ley os los representará cada vez que los necesitéis. Tomemos por ejemplo, la ley de refracción: si la conocéis, podéis representaros en seguida cómo altera la apariencia de un objeto una lente cóncava, una convexa ó una prismática. Pero si no conocéis la ley general, no tenéis más remedio que recargar vuestra memoria con las tres series de efectos separados. De aquí se infiere, por tanto, que el que no posea una memoria inmediata feliz, puede salvarse cultivando su espíritu en el sentido filosófico. Ya que el poder mnemotécnico no puede aumentarse con el ejercicio, ¿qué debe hacer el pedagogo? No deberá, naturalmente, descuidar los ejercicios de memorización. Antes, el contrario, el ejercicio de aprender literalmente de memoria debe ser un ingrediente esencial de toda sana educación.

"Para aprender de coro existen, sin embargo, métodos eficaces é ineficaces, y adiestrando al discípulo en los métodos mejores, el profesor puede á un tiempo despertar el interés y disminuir la fatiga. El método mejor naturalmente, no es martillear las sentencias, repitiéndolas simplemente, sino analizarlas y pensarlas. Por ejemplo, si el niño tiene que aprender este último precepto, hacer que primero aísle el fondo gramatical". El mejor método no es machacar, sino analizar la sentencia. Después añadid las cláusulas simplificadoras y restrictivas. "El mejor método es, naturalmente, no machacar las sentencias, sino analizarlas y pensarlas". Por fin añadid las palabras: "repitiéndolas simplemente". Así la sentencia se completa y es á un tiempo mejor comprendida y retenida con más facilidad que si hubiese sido aprendida con un método más mecánico.

Acerca de la educación de la voluntad, todo lo que James dice al respecto no es sino consecuencia de los principios anteriormente sentados. La acción voluntaria es siempre una resultante de la composición de nuestras impulsiones con nuestras inhibiciones. Se deduce de esto inmediatamente que existen dos tipos de voluntad: en uno de ellos predominan las impulsiones y en el otro las inhibiciones, dentro del terreno normal, se entiende, porque ambos

tipos tienen sus manifestaciones patológicas. Además, mucho también influye la raza, el temperamento, la edad, el sexo, etc. Esto permite suponer que la acción pedagógica es en este punto bastante modesta. El pedagogo no podrá, de seguro, trocar en linfático un temperamento bilioso. Y en efecto, todo lo que acerca de la educación del carácter haga el pedagogo si bien miramos, se reduce á dar consejos, pues por grande que sea su poder de sugestión, ésta sólo se hará sentir en uno de los varios elementos del aspecto psíquico de la conducta, es decir, en la esfera intelectual; y harto sabemos que las ideas sólo hallan eficacia motriz en el sentimiento. Es cosa probada, por otra parte, que el maestro no realiza la educación ética del niño. Cuando entra en la escuela primaria, el educando ya cuenta con los elementos principales del sentido moral. Es un producto de las condiciones psico-genéticas y de las sugestiones del ambiente. Aparte las primeras, hay que convenir en que la actividad pedagógica, en materia de ética, no es todo el ambiente, y ni siquiera está probado que sea la más eficaz.

Sin embargo, de acuerdo con James, no cabe declararse absolutamente fatalistas. "Vuestra misión—dice James—es formar carácter á vuestros alumnos, y un carácter consiste en un patrimonio organizado de costumbres y reacciones. ¿De qué están formadas estas costumbres y estas reacciones? Constan de tendencias á obrar cuando se está en posesión de ciertas ideas y de tendencias á contenerse cuando ciertas otras ideas dominan. Nuestras costumbres volitivas dependen, por lo tanto, principalmente del patrimonio de ideas que poseemos: en segundo lugar, de la manera de juntarse habitualmente las ideas con la acción y la inacción". Y más adelante, agrega: "¿En qué consiste un acto moral reducido á su forma más simple y elemental? Podéis dar una sola respuesta, la siguiente: consiste en el esfuerzo de atención, merced al cual mantenemos firme una idea, la cual, faltando tal esfuerzo, sería expulsada de la mente por las demás tendencias psicológicas contenidas en ella. Pensar es, en una palabra, el secreto de la voluntad, del mismo modo que el secreto de la memoria". De modo que educar la voluntad equivale á cultivar la atención voluntaria. No entraré á discutir esta teoría, porque ello equivale á meterse en la cuestión del libre albedrío y del determinismo, cosa que James procura eludir, según él mismo declara, pero al final de su obra llega á una conciliación muy discutible. Verdad es que James jamás ha ocultado sus simpatías por el librearbitrismo.

Estas son, pues, las ideas del gran psicólogo de Harvard en punto á pedagogía. Superfluo fuera mentar una vez más la ori-

ginalidad poco evidente de su obra. Ya hemos visto que Spencer y Herbart entran con mucho en las concepciones que acabamos de aquilatar. Pero si bien es verdad que el libro *Los ideales de la vida* no desuella por la inventiva, en su aspecto puramente pedagógico, no es menos cierto que la literatura pedagógica moderna apenas si contará con otra obra que le sobrepuje en claridad, fecundidad práctica, en maestría para dotar de fundamento psicológico á las proposiciones cardinales de un sistema educativo. En conclusión: James no habrá escrito un libro fecundo en novedades, pero ha sabido escribir una obra de extraordinaria utilidad, especialmente para los maestros, á quienes, en rigor, se ha limitado á dirigirse. No habrá concebido un sistema tan original como el de Herbart, pero actualmente el suyo resulta más eficiente que el del gran pedagogo alemán, cuya obra es demasiado enrevesada, con frecuencia obscura, para el que no cuenta con una discreta cultura filosófica. ¿Cómo imaginar que la pedagogía de Herbart pueda caber en la cabeza de un maestro de escuela? Sin ánimo de hacer paradoja, casi diría que las conferencias pedagógicas de James constituyen una manera genial de decir vulgaridades.

Coriolano Alberini.